

NOTAS PARA UN DEBATE SOBRE LA RIVALIDAD

Domingo Boari

Fundación Luis Chiozza

19 de abril de 2002

Nota introductoria

En el último simposio presenté un trabajo necesariamente breve sobre el tema de la rivalidad. La discusión a que dio lugar estaba acotada a un tiempo reducido.

En esta oportunidad, que es posible un debate más amplio y profundo, me propongo exponer una serie de apuntes y notas que sirvan como introducción.

En primer lugar transcribo entonces el trabajo del simposio y luego, en una segunda parte, retomo algunos temas que surgieron en ocasión de la presentación e incluyo otros que despertaron mi interés y a los cuales todavía no había hecho referencia.

I. Apuntes sobre la rivalidad

*Por poderosos que sean los afectos
y los intereses de los hombres,
también lo intelectual es un poder.
S. Freud.¹*

1. Definiciones. En cuanto a la relación con nuestros semejantes, Freud (1921c, p. 67) afirma que “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo”. Procurando trazar definiciones metapsicológicas muy escuetas podemos decir que lo que Freud llama simplemente el “objeto” es **el objeto de la pulsión**, o sea, aquello que quiero **tener** para cancelar la excitación en la fuente pulsional. **El modelo** es aquello de acuerdo con lo cual quiero **ser**. El otro en tanto **auxiliar** es el que se pone del mismo lado del yo: ayuda, co-labora para que el yo alcance sus metas pulsionales; por último, **el objeto enemigo es el que aspira alcanzar el mismo objeto de satisfacción.**²

Observemos que el otro en tanto enemigo, rival o adversario es cualitativamente muy diferente al otro en las otras tres modalidades de relación: es el único que se opone a las tendencias e intenciones del yo y por lo tanto el único que merece el odio, el rechazo del yo.

2. Rivalidad normal y neurótica. La rivalidad normal es aquella que se ejerce contra el enemigo, contra el que pone en riesgo el logro de la meta pulsional porque disputa el mismo objeto.

Barbero y Frascino (2000), citando a Gómez de Silva (1985), afirman que "rival" deriva de *rivus*, arroyo, de modo que su primer significado remite a "vecino del otro lado del río", y su sentido implícito alude a "quien se opone a otro en relación al derecho de usar el agua".³

Es importante subrayar que, tanto por la definición metapsicológica como por su etimología, en la rivalidad se describen tres polos: un sujeto, el rival o competidor que se le opone y el objeto por el que disputan.

¹ Chiozza suele citar estas palabras de Freud que fueron pronunciadas en el discurso inaugural del 2º Congreso Internacional de Psicoanálisis, discurso que se publicó con el nombre de “Las perspectivas futuras de la terapia analítica” (Freud, 1910d).

² Según M. Moliner (1986) “rival” significa “con relación a una persona o un animal, otro que quiere, en contra suya, conseguir lo mismo que él”. Rivalizar, es “competir. Oponerse a otro tratando de alcanzar lo mismo que él pretende”. Y competir es “rivalizar, oponerse entre sí dos o más personas que aspiran a la misma cosa o a la superioridad en algo”.

³ Adversario proviene de *ad-vertere* y significa “vertido, inclinado, girado hacia”, o sea, toma el sentido de dirigido hacia otra dirección que no es la del sujeto. Por su parte, enemigo, de *in-amicus*, significa literalmente “no amigo” (Gómez de Silva, 1985).

La lucha normal por el objeto de la pulsión puede distorsionarse por defecto o por exceso. La inhibición de la agresión lleva a no luchar por conseguir el objeto, la exageración, a una lucha innecesaria.

En este último aspecto, recuerdo que Chiozza, comentado el trabajo de Barbero y Frascino, a partir de la etimología recién citada, desarrolló la idea de que debemos considerar que la rivalidad es normal si el “agua” es insuficiente para las necesidades de los contendientes, de modo que si el otro satisface las suyas no alcanza para que yo satisfaga las mías. En cambio, si el “agua” fuera suficiente, la disputa sería innecesaria, y si se lleva a cabo sería neurótica.

3. Rivalidad y malentendido. Pero estas dos formas neuróticas de la rivalidad, por inhibición o por exageración, no son las únicas posibles. Las formas más habituales son las que se ejercen contra objetos que en principio no aparecen como rivales: la rivalidad contra el modelo, el auxiliar y aun con el objeto de la pulsión.

El objeto de la pulsión puede ser esquivo, la ayuda del objeto auxiliar puede ser insuficiente, el modelo puede ser inalcanzable, pero a primera vista no se comprende cómo sucede el malentendido que conduce a que estos objetos sean vividos como rivales.

4. La rivalidad con el modelo es la más conocida por su importancia dentro del complejo de Edipo: El varoncito, dice Freud, muestra “dos lazos psicológicamente diversos: con la madre, una directa investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma por modelo. Ambos coinciden un tiempo sin influirse ni perturbarse entre sí. Pero la unificación de la vida anímica avanza sin cesar, y a consecuencia de ella ambos lazos confluyen a la postre, y por esa confluencia nace el complejo de Edipo normal. El pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre” (Freud, 1921c, p. 99).

La confusión entre modelo y rival, entramada por entero en el malentendido del complejo de Edipo, es la explicación habitual de la rivalidad. Chiozza ha señalado en reiteradas oportunidades que a esta rivalidad fálica, por surgir en una fase tardía en la evolución psíquica, se le ha restado significatividad como fuente de sufrimiento y de perturbación para la convivencia. Sostiene también que por ese motivo no se ha profundizado más en el estudio de la rivalidad.

5. Rivalidad con el objeto de la pulsión. Por sorprendente que parezca, también el propio objeto de la pulsión puede ser vivido como el enemigo que aspira al mismo objeto que nosotros.

Racker, a partir de la observación de que autoconsumirse es una característica inherente al organismo vivo, afirma que “el primer fenómeno en la sucesión de acontecimientos biopsicológicos (...) no es el impulso sino la carencia” (Racker, 1957, p. 276). Para él, el instinto o pulsión es siempre el impulso a buscar aquello de lo que carecemos, y así como en el caso del hambre la carencia se experimenta como algo que nos come, nos devora, nos roe, todos los impulsos nacen de carencias que son experimentados originariamente como un objeto que nos saca u obtiene de nosotros precisamente lo que nosotros necesitamos de él.

Como es sabido, sobre este punto de partida Racker concibe una estratificación de sentimientos primarios: en primer lugar, una **vivencia depresiva**, la tristeza y desesperación por el daño que ha sufrido el yo. Al mismo tiempo, la **vivencia paranoide** de temor a que el daño continúe. Luego, cuando finalmente se logra dirigir sobre un objeto los impulsos que destruían al yo, “la satisfacción es vivenciada como superación del agresor o perseguidor, como triunfo sobre él”, es decir, una **vivencia maníaca**.

Los conceptos de Racker permiten concluir que en las fases tempranas del desarrollo **el objeto de la pulsión es, al mismo tiempo, el enemigo, el rival que nos quita lo que necesitamos y que la confusión entre “objeto de la satisfacción” y “enemigo, rival o adversario” es un malentendido predestinado, inevitable, o como solemos decir, primario.**⁴ Para Racker sería, tal vez, **el más primario de los malentendidos**.

Así, en el período blastocístico frente a la necesidad de descomponer, se vivencia la presencia de un objeto que nos descompone (Chiozza y colabs, 2001), durante la vida fetal se configura la *imago* de una madre que nos chupa la sangre (Chiozza, 1998a [1970]), o postnatalmente una madre que nos desaira (Chiozza y colabs, 1991d).

La vivencia de que el objeto se opone a la satisfacción es independiente de la conducta del objeto. La madre puede colaborar para que el bebé mame, pero mientras la satisfacción no llega el bebé está convencido de que la mamá rivaliza con él y es la responsable de la insatisfacción.⁵

Racker describe luego cómo ocurre esto dentro del complejo de Edipo. “La vivencia de carencia genital en el varón parece estar similarmente acompañada de la fantasía de que alguien le quita algo, lo que lleva a la idea de que el padre le quita a la madre. Más aún: la vivencia y fantasía en el hambre de ser devorado encuentra su analogía en la vivencia y fantasía en la carencia genital de ser castrado o poseído sádicamente (homosexualmente)” (Racker, 1957, p. 279).

Lo que interesa destacar es que en este nivel del desarrollo los dos objetos ideales, el objeto de la pulsión y el rival, que hasta este momento coexistían, por así decir, en un mismo objeto material, pasan a ser representados por dos objetos materialmente diferentes. Con la entrada del tercero la escena se complejiza: el sujeto aspira a la madre pero no siente que ella es la enemiga, siente que es el padre el rival que se lo impide.

⁴ Gustavo Chiozza (2000b), a partir de que Chiozza (1983e) considera el malentendido como una forma metahistórica de la resistencia, estableció una correspondencia entre un *malentendido primario* expresión de la natural limitación de la conciencia para conocer y lo que Freud llamó *represión primordial* por un lado, y un *malentendido secundario*, defensivo, motivado en fantasías optativas, y la *represión propiamente dicha* por el otro.

⁵ Del mismo modo, el paciente suele pensar que si el analista permanece callado es porque se guarda para sí la riqueza de los significados que el paciente necesita. No le resulta fácil pensar que tal vez el analista permanezca en silencio porque, por ejemplo, no sabe qué decir.

Esta nueva posibilidad de percibir por separado al objeto de la pulsión y al rival conlleva un cambio importante: antes, cancelar la excitación en la fuente y vencer al enemigo coincidían necesariamente en un mismo acto. Como decía Racker, acceder al objeto significaba también un triunfo sobre un agresor, un perseguidor. Ahora, al haber dos objetos se desdobra la meta pulsional (tal vez, sería mejor decir que aparece una nueva): un propósito es llegar al objeto que cancela la excitación en la fuente, otro, diferente, vencer al rival.

Si como bien dice Racker lo que nos mueve es la carencia, lo natural es que la mayor importancia recaiga siempre en subsanarla. Sin embargo, a partir de que **el rival se “independiza” del objeto que calma la necesidad puede surgir el malentendido de que lo que era un medio, vencer al rival, se constituya en el fin principal**. Puede suceder también que este nuevo fin se independice tanto, que el fin originario, cancelar la excitación, pierda toda su importancia a cambio de que se logre triunfar, la meta de la rivalidad.⁶

7. Apuntes sobre las consecuencias de la rivalidad como meta. Utilizando la metáfora del agua, apuntemos algunas consecuencias de este malentendido. Si vencer al rival pasa a ser más importante que cancelar la excitación en la fuente,

1. Puede suceder, por ejemplo, que entretenidos en vencer, no nos importe que se nos “derrame el agua”. No nos quitamos la sed, pero ganamos la pelea.
2. Puede ocurrir también que aunque no nos quitemos la sed ni ganemos la pelea, nos alcance la satisfacción de impedir que el otro se quite su propia sed. Aquí la rivalidad se satisface evitando que el otro gane.
3. Puede ocurrir que saciemos la sed, pero sin derrotar al rival —por ejemplo, porque él también puede saciar la suya— y nos sintamos insatisfechos.
4. Si pensamos que el rival **obtuvo más, llegó primero** o algo equivalente, el sufrimiento puede ser mayor que si ninguno hubiese satisfecho su necesidad de agua. En este caso se sufre por la derrota, no por la carencia.
5. Alcanzar el agua puede ser valorado no porque sirve para saciar la sed, sino porque adquiere el significado de un triunfo sobre el rival, dando lugar a sentimientos de culpa innecesarios.
6. Puede ocurrir también que no tengamos sed, pero viendo a otro satisfacer la suya, experimentemos que si él llegó hasta el agua es porque nos ha derrotado. Así, sufriríamos por la derrota bajo la apariencia de que sufrimos por una carencia que “en realidad” no tenemos y se nos podría despertar la necesidad de pelear por un bien que no necesitamos.

⁶ Naturalmente cuando se trata de necesidad pulsionales primarias insustituibles, como el agua o el aire, no se puede dejarlas de lado en pro de satisfacer la rivalidad. Sin embargo, al decir que la necesidad originaria pierde toda su importancia se quiere subrayar lo ridículo que el malentendido en cuestión conlleva.

7. Si alguien nos quiere ayudar, su ayuda fácilmente puede ser confundida con la actividad de un rival que en realidad quiere evitar que alcancemos el agua.⁷
8. Por último, puede ocurrir que tengamos sed y creamos que si no accedemos al agua es porque otro nos ha ganado y ha llegado en lugar nuestro. Esta vivencia es diferente a la que señalaba Racker, derivada de la carencia primaria. Ahora que el rival está disociado del objeto de la pulsión, ahora que la meta se ha duplicado, también se “duplica” nuestro dolor. Al dolor del fracaso, de la frustración por no poder llegar a la meta, se le añade el de la derrota, y puede ocurrir que sea este el que más duele.

Apéndice

Después de la presentación de este trabajo en el simposio me preguntaron acerca de las diferencias entre estas diversas posibilidades. En primer lugar conviene aclarar que se trata de un inventario incompleto. Las diversas posibilidades surgen de que hay dos metas a cumplir, una intermedia, la de la rivalidad, y otra final, la de la particular pulsión que está en juego. La única importante en realidad, es la meta final ya que la otra es un medio. La neurosis radica precisamente en que la meta intermedia adquiere más importancia que la meta final, tanta que a veces la meta final desaparece por completo.

Las posibilidades señaladas corresponden aproximadamente a las siguientes expresiones, más sintéticas, en las que se hace evidente la neurosis implícita en ese modo de pensar.

1. Es cierto, no satisface la necesidad, pero gané.
2. Es cierto, no satisface la necesidad y no gané, pero no me ganaron.
3. Es cierto, satisface la necesidad, pero no le gané a nadie.
4. Es cierto, satisface la necesidad, pero igual me ganaron.
5. Es cierto, satisface una necesidad que no necesitaba, pero me di el gusto de ganar.
6. Es cierto, yo no tengo esa necesidad, pero si otro la está satisfaciendo me debe estar ganando a mí.
7. Voy camino a satisfacer mi necesidad, si alguien se pone al lado será para impedirlo.
8. Es cierto, no satisface la necesidad y me duele. Pero más me duele ver que otro sí satisfaga la suya.

⁷ El tema de la rivalidad con el objeto ayudante se trata más adelante.

II. Nuevas notas complementarias

1. Acerca de la expresión “rivalidad normal”

Hablar de “rivalidad normal” puede prestarse a confusión, porque habitualmente, en el ámbito psicoanalítico, utilizamos la palabra “rivalidad” para referirnos a conductas neuróticas, y reservamos el término “competencia” para una actitud más saludable.

Desde el punto de vista etimológico no se sostiene esa diferencia. Como vimos, rivalidad conlleva el sentido de oponentes en relación al derecho de usar el agua, en tanto que competencia proviene de *competere*, que significa desear lo mismo, desear llegar al mismo lugar. *Competere* es un compuesto de *petere*, verbo que en latín significa, en primer término, “intentar llegar”, de modo que implica la idea de lugar. Así, por la etimología, tanto en la rivalidad como en la competencia se trata de una lucha, en un caso por el agua, en el otro, por el lugar.

La semántica habitual tampoco sugiere establecer diferencias entre uno y otro términos. Moliner define: Rivalizar, como “competir. Oponerse a otro tratando de alcanzar lo mismo que él pretende”. Y competir como “rivalizar, oponerse entre sí dos o más personas que aspiran a la misma cosa o a la superioridad en algo”. Según estas definiciones, **rivalizar** y **competir** son prácticamente sinónimos equivalentes.

No obstante, más allá de las equivalencias señaladas, la palabra “competencia” admite más derivados⁸ que la palabra rivalidad, derivados que con matices opuestos enriquecen las posibilidades de expresar variantes de significados. Un adjetivo perteneciente a esta familia de palabras se utiliza para atribuir una cualidad “saludable”, como cuando decimos de alguien que es muy **competente**; otro para aplicar una característica más neurótica, como cuando decimos que es muy **competitivo**. Esta última palabra, a su vez, tiene otros matices. Hablar de un mercado competitivo es decir que es muy exigente, y hablar de un producto competitivo es porque por sus buenas cualidades alcanza o supera a otros semejantes.

Más allá de la etimología y el uso, como dijimos, en el ámbito psicoanalítico se ha hecho habitual diferenciar entre rivalidad y competencia. Tal vez la necesidad de establecer la distinción haya surgido precisamente de que la gran mayoría de las veces la rivalidad es tan groseramente neurótica que dio lugar a la conveniencia de encontrar una palabra diversa que evite cualquier confusión posible.

Además, hablar de “competencia” tiene la ventaja de que, al ser posible otorgarle ese matiz positivo al que hacemos referencia, permite restarle importancia a la lucha contra el oponente para subrayar el esfuerzo por mejorar el rendimiento, es decir, por hacerse **más competente**.⁹ En este caso se atempera la comparación

⁸ Por ejemplo, competencia, competente, competer, competición, competidor, competir, competitividad, competitivo.

⁹ Tanto P. Obstfeld (1999) como Barbero y Frascino (2000) citan seminarios de Chiozza en los que desarrolla estas ideas.

entre contrincantes, oponentes, adversarios o rivales, para dar lugar a la comparación del sujeto consigo mismo en un momento anterior. Al mismo tiempo, a medida que pierde importancia el oponente, cobra relevancia el objeto hacia el cual se tiende. Estos argumentos justifican plenamente la ventaja de distinguir entre rivalidad y competencia.

Volviendo ahora a la expresión **rivalidad normal**, creo que es posible e incluso conveniente utilizarla en algunos casos. Sin duda, la mayor parte de las veces que hablamos de rivalidad lo hacemos para referirnos a la rivalidad neurótica, es decir a la rivalidad innecesaria, exagerada, revestida de significados que no se corresponden con las circunstancias presentes, etc., etc. Sin embargo, creo que hablar de rivalidad normal permite subrayar el hecho de que lucha, la pelea, la disputa, la contienda, la controversia, etc., con otro concreto —presente y actual— es parte habitual y natural de la vida.

Sea que se trate del territorio, del objeto sexual o de cualquier bien vital indispensable, o que se trate de los sustitutos más elevados, como los anhelos y los ideales de un individuo, de un grupo o de un pueblo todo, la rivalidad en tanto disputa por un bien escaso que exige el uso de la agresión, la hostilidad, el odio parece constituir un proceso natural presente en distintas circunstancias de la vida. Es cierto que vencer al rival no es suficiente; por sobre todo, hay que llegar al objetivo. Pero también es cierto que para llegar al objetivo muchas veces es necesario vencer al rival.

Es decir, hablamos de rivalidad normal, de una rivalidad que también podríamos llamar “primaria” —porque su objetivo es nada más y nada menos que vencer a quien¹⁰ le impida llegar al objeto del deseo/necesidad— para hacer referencia a una rivalidad no contaminada con otros significados posteriores. Esta rivalidad normal o primaria es la que podemos imaginar en cualquier predador, que pelea no sólo contra la presa para conquistarla sino también contra cualquier rival que quiera arrebatársela.

Lógicamente, como cualquier otro proceso normal puede devenir neurótico por salirse de los límites saludables, en más o en menos. En el caso de la rivalidad, un extremo sería causar más daño del necesario y el otro atemperar tanto la agresión para evitar daños que se fracasa en el objetivo de llegar al objeto de la pulsión.

En este sentido para que la rivalidad sea normal sería necesario:

1. Que se dirija contra quién efectivamente puede poner en riesgo la satisfacción.
2. Que “vencer al rival” tenga el valor de una meta intermedia, porque el verdadero objetivo o finalidad es alcanzar el objeto de la pulsión.

¹⁰ A diferencia de la palabra competencia, la palabra rivalidad se muestra como más específica cuando se quiere subrayar que hay alguien a quien vencer. Como vimos, la palabra competencia tiene connotaciones más amplias y puede utilizarse con diferentes alcances, mientras que la palabra rivalidad siempre refiere a la relación entre rivales, o sea, a la necesidad de vencer a un sujeto, a alguien que tiene la intención de oponerse.

3. Que se ejercite en la medida justa, es decir, no exagerarse innecesariamente ni atenuarse hasta volverla ineficaz.

2. Algo más sobre rivalidad y malentendido

De acuerdo con lo que venimos planteando, el motivo más habitual de la rivalidad neurótica no es el tercero de los señalados en el punto anterior, es decir por exageración o inhibición. Creemos más bien que la fuente más habitual de rivalidad neurótica es el malentendido que lleva a ver un rival donde no debería haberlo porque “en realidad” se está en presencia del objeto de la necesidad, del objeto modelo o del auxiliar. En estos casos la rivalidad sería neurótica precisamente por ver un rival donde no lo hay.

Comprender las cosas de este modo se presta sin embargo a la siguiente objeción: ver un rival en el mismo objeto que es modelo o ayudante, no es una confusión neurótica sino que se trata de dos momentos diferentes de un vínculo; al pensar que se toma como rival al modelo, por ejemplo, se ha perdido de vista que en un mismo objeto material pueden tener existencia semántica más de un objeto ideal. No se trataría entonces de que se ha tomado como rival al modelo, sino que ahora es rival alguien que, en un momento diferente, cumplía la función de modelo.

En esta línea argumental puede agregarse que, si tomamos el más típico de los ejemplos, vemos que en el mismo objeto material, la persona de la madre, coexisten el objeto modelo, el auxiliar y el objeto mismo de la pulsión y el rival. Ahora bien, si tenemos en cuenta que el yo, cuando se identifica, siente que está frente al modelo, cuando recibe ayuda, siente que está frente el objeto ayudante y cuando rivaliza, siente que está frente al objeto rival, se hace evidente que la coexistencia es una descripción hecha por un observador “externo”. Para el yo del bebé es un descubrimiento posterior, muy tardío. De manera que si bien los cuatro objetos que describe Freud pueden coexistir en un solo existente material, el yo no lo experimenta como una verdadera coexistencia porque se relaciona con los diferentes objetos **de a uno por vez!** Desde esta perspectiva no sería posible rivalizar con otro objeto que no sea el rival.

Esta posible objeción, sin embargo, sólo resulta válida mientras nos mantenemos en el terreno de la salud.¹¹ La neurosis, en cambio, consiste precisamente en

¹¹ Leemos en Chiozza (1980c, pág. 116): “Watzlawick (1976) cuenta que el especialista en primates Ray Carpenter le explicaba al antropólogo R. Ardrey lo siguiente: ‘Suponga usted que es un mono y que recorriendo un camino se encuentra, de manera inesperada, al dar la vuelta alrededor de una roca, frente a otro animal. Antes de saber si es necesario atacarlo, huir o ignorarlo, usted debe tomar una serie de decisiones. ¿Es un mono o un no-mono? Si es un no-mono, ¿es pro-mono o antimono? Si es una dama, ¿está seducida? Si es un macho, ¿es adulto o juvenil? Si es un adulto, ¿pertenece a mi grupo o a otro? Si pertenece a mi grupo, ¿cuál es su rango; está por debajo o por encima del mío? Usted dispone aproximadamente de un cincuentavo de segundo para resolver todas estas decisiones antes de ser eventualmente atacado’. Dado que la supervivencia de muchos animales depende de la solución acertada de estas cuestiones, de más está decir que ellas son habitualmente resueltas con éxito”. Chiozza trae este ejemplo en el contexto de

transferir realizando un **“falso enlace”**; más allá del grano de verdad que puede “justificar” la transferencia, la neurosis se sirve del falso enlace para atribuir a algo una **inmerecida importancia** y lo hace a los fines de satisfacer un deseo y consolidar una defensa. En el caso que estamos tratando, la rivalidad neurótica ha surgido precisamente de un malentendido secundario, a los fines de un deseo y una defensa, **el malentendido que consiste en tomar como rival un objeto que no debería ser considerado como tal.**

Tomar como rival al rival (o si se prefiere como competidor al que compite por el mismo objeto) no tendría nada de neurótico. Lo que se quiere subrayar es que la neurosis consiste precisamente en eso, en rivalizar con un objeto que no está allí en función de rival, sino en función de modelo, auxiliar u objeto erótico (según las cuatro posibilidades consignadas por Freud).

Esto es lo que ocurre con el malentendido que lleva a configurar el complejo de Edipo. Como veíamos en el texto freudiano, el niño, al comienzo, tenía a su padre sólo como modelo. Más tarde, en función de otro deseo, el de poseer a la madre, le atribuye un privilegio injusto y **comienza a verlo como rival.**

Si comprender las cosas de un modo más amplio permite demostrar que el privilegio es falso (Chiozza, 1977b), es porque **es falso también que el padre sea un rival**; sólo es un rival en función de un malentendido, sea este primario o secundario.

En síntesis, no se trata entonces de que un mismo objeto puede ser rival **y** modelo en diferentes momentos; se trata de que es rival **porque** es modelo, y hablamos de malentendido cuando el sujeto ve **en** el modelo, **en** el objeto de la pulsión o **en** el ayudante, un rival.

Podemos ejemplificarlo con el caso extremadamente frecuente de malentendido secundario que lleva a rivalizar con el maestro. No se rivaliza con el objeto material, se rivaliza con el objeto ideal maestro, cuya función es la de modelo, y se rivaliza con él sea quien fuere el que circunstancialmente cumple ese papel.

Como ejemplo de malentendido primario, al traer los conceptos de Racker vimos al más llamativo de todos: el malentendido de ver un rival en el objeto de la pulsión. Si en el caso del hambre el objeto hacia el cual están dirigidos los impulsos se experimenta como algo que nos come, nos devora, nos roe, es evidente que este objeto rival —este rival por excelencia que nos saca u obtiene de nosotros precisamente lo que nosotros necesitamos de él— es rival sólo mientras el objeto cumple el papel de objeto de la pulsión. En cuanto la pulsión se satisface en su fuente y el objeto deja de ser necesitado, deja también de ser el enemigo que nos saca lo que necesitamos.

3. Rivalidad con el ayudante

Como vimos, desde la metapsicología, por definición, el objeto ayudante y el rival son opuestos. El auxiliar es el que se pone **a favor** del yo: ayuda para que el yo

una extensa argumentación para mostrar que la inteligencia es una función que no depende sólo del proceso secundario y que el cerebro no es “la” sede de esta capacidad.

alcance sus metas pulsionales; el rival, por el contrario, aspira alcanzar el mismo objeto de satisfacción, de manera que lucha **contra** los objetivos del yo.

Es sabido que el objeto auxiliar se construye a partir de las más tempranas experiencias de asistencia ajena. Imaginemos el caso de que estas experiencias hayan sido suficientemente buenas: dejan una profunda huella de confianza en el otro y en el propio yo que ha sido merecedor de recibir esa ayuda (Chiozza y colabs., 1993b). A partir de estas experiencias positivas, el yo procurará contar con el auxilio de su semejante todas las veces que sea posible. Sin embargo y por extraño que parezca, aun en el caso de buenas experiencias que estamos imaginando, llega un momento en el que indefectiblemente el yo sentirá que el ayudante es un rival y que reconocer su participación atenta contra las aspiraciones propias.

Freud lo ha subrayado con particular énfasis:

“En ningún momento del trabajo analítico —dice (Freud, 1937c, 253)— se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de ‘predicar en el vacío’, que cuando se quiere mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida. De la sobrecompensación desafiante del varón deriva una de las más fuertes resistencias transferenciales. El hombre no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación.”

De acuerdo con el texto de Freud, el varón no quiere reconocer, aceptar y agradecer la ayuda recibida porque eso sería vivido como “la castración”, una derrota en el terreno de la rivalidad fálica. La mujer por su parte siente que no tiene nada que agradecer, porque lo único valioso habría sido recibir el pene, y como no lo ha recibido, ella no debe nada. Como es sabido Freud afirma luego que esta es una resistencia “insuperable” al punto que se tiene la impresión, dice, de haber llegado a la “roca de base”.

Esta rivalidad con el objeto ayudante tiene algunas particularidades que vale la pena subrayar. Como en los otros casos considerados, se trata de un malentendido en relación con el semejante. Es el ayudante el que “es visto” como un rival; si deja de ser ayudante deja de haber rivalidad; o sea, es rival **porque** es ayudante.

Pero sería posible evitar el conflicto si se entendiera que *una actitud pasiva no siempre tiene el significado de una castración*. Para aceptar esto, que al decir de Freud es imposible, el yo tendría que ser capaz de ver que hay **dos metas diferentes, porque hay dos necesidades pulsionales distintas**. Una meta es alcanzar el objeto en cuestión, sea el alimento, la salud o cualquier otro bien. Otra, la posesión del falo. Si el yo pudiera mantener esta disociación útil comprendería que **esta segunda necesidad no está en juego en este momento**. Así, la ayuda recibida no adquiriría el significado de una castración y sería posible recibirla sin conflicto.

Otra característica de la rivalidad con el ayudante es que en este caso “la sangre no suele llegar al río”, en el sentido de que la pelea no suele ser tan violenta como

para llegar a la tragedia. Sin embargo, si, como dice Freud, aceptar la ayuda sin darle un significado de castración **es indispensable en muchos vínculos de la vida**, si no es posible aceptar ese hecho, las consecuencias son más que dañinas.

Apuntemos algunas consecuencias de esta rivalidad con el objeto ayudante:

- Si recibir ayuda equivale a una derrota fálica, opera la fantasía de que el que ayuda es superior, más potente, va adelante, obtiene más placer, es más querido, etc. Aceptar la ayuda y reconocerla adquiere el significado de reconocerse inferior, ser menos, estar debajo...
- Si la meta primaria de la rivalidad es “vencer al rival”, cuando se trata de la relación con objeto ayudante la meta se reduce a “no ser vencido” y para alcanzarla es suficiente con negar la ayuda y lo que eso representa, es decir, negar la “superioridad” del otro, etc.
- A partir de este malentendido la gratitud auténtica es imposible, porque **agradecer es perder**.
- Algo semejante ocurre con “mostrarse satisfecho” por lo que uno ha recibido; equivale a reconocer como valioso lo recibido y en este contexto eso es ser vencido.
- Más aún, no alcanza con no mostrarse satisfecho, hace falta que el yo mismo no se entere de la satisfacción, porque se sentiría humillado. Así, la satisfacción obtenida con ayuda no debe ser reconocida.
- Si la meta de la rivalidad es más importante, el sujeto prefiere fracasar en la tarea para la cual necesita ayuda con tal de no reconocer la derrota frente al objeto que ayuda. Desde esta postura, cualquier progreso se ve trabado. Como decía Freud, **el paciente prefiere seguir enfermo antes de reconocer que recibe ayuda de su médico**.

4. Relación de la rivalidad con los celos y la envidia. En los últimos años, en nuestras discusiones de los días viernes, se fue haciendo más y más evidente que el tema de la rivalidad es indivisible del gran tema de los celos y la envidia.¹² Se trata de tres aspectos fundamentales del complejo de Edipo y si bien son indivisibles, en el sentido de que siempre se presentan juntos, no quiere decir que celos, envidia y rivalidad sean lo mismo. Es posible entonces subrayar algunos matices para establecer diferencias. Sobre la diferencia entre envidia y celos se ha dicho y se ha escrito mucho. No ocurre lo mismo en relación con la rivalidad. A partir de

¹² Ver en [http:// www.funchiozza.com](http://www.funchiozza.com) el comenario de actividades científicas, año 2000 y 2001. Los aspectos a los que hago referencia fueron tratados especialmente en las reuniones del 26 de mayo de 2000, proyección y comentario de la película *Toy Story*, introducción del Dr. Gustavo Chiozza; del 2 de junio de 2000, “Apuntes sobre la rivalidad”, trabajo del Dr. Barbero y la Lic. Diana Frascino; del 4 de agosto de 2000, “Reflexiones acerca de las relaciones entre hermanos”, trabajo de la Lic. María Cristina Griffa; del 21 de septiembre de 2001, “Algunas reflexiones sobre los celos”, trabajo de las Lic. María Estela Bruzzon y Lic. Mirta F. de Dayen; y del 23 de noviembre de 2001, taller sobre “El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, introducción a cargo de la Lic. Mirta F. de Dayen.

las elaboraciones hechas en común y de algunas ideas de este trabajo, intentaré una comparación para delinear algunas especificidades de la rivalidad, utilizando de lo que sabemos sobre celos y envidia aquello que nos sirve como material de contraste. No es una tarea fácil, pero tengo la esperanza de que comenzar a esbozar una suerte de disección anatómica, aunque todavía sea torpe, resultará de utilidad.

a. Con relación al objeto

La envidia y los celos se entraman en una misma escena, el triángulo edípico, pero se dirigen a objetos diferentes. Así como los deseos de ser y tener se imbrican —ya que se desea ser como el padre para tener a la madre o se desea tener a la madre para ser como el padre (G. Chiozza, 1998, pág. 381)—, del mismo modo se copertenece el dolor de no poder ser como el padre, que se experimenta como envidia, y el dolor de no poder tener a la madre, que se experimenta como celos.

La envidia se evidencia entonces como más ligada al proceso de identificación, es decir, de la constitución de la identidad y el crecimiento: su objeto es el otro en tanto **modelo** (Chiozza, 1998a). Los celos en cambio aparecen más ligados a la relación erótica y el objeto es el semejante en tanto **objeto de la pulsión**.

En cuanto a la rivalidad, naturalmente el objeto es el otro en tanto rival. Dentro del triángulo edípico, el rival es el padre; pero el padre es vivido como un rival a los fines de una fantasía optativa: legitimar el deseo incestuoso. Para ser vivido como rival el padre tuvo que ser “transformado” en un hermano. En consecuencia, **el objeto primario de la rivalidad es el hermano**. Los hermanos son naturalmente rivales porque se encuentran en igualdad de condiciones frente al objeto que desean, la madre.¹³

b. Con relación a la meta

La verdadera **meta de la envidia es lograr la identificación**, es decir, **ser** como el objeto envidiado. Aunque se diga que se envidia tal o cual cosa, la envidia no apunta en realidad a algo que se quiere tener, sino al sujeto que posee eso: se envidia la satisfacción que es dable imaginar en él. La envidia cesa cuando se logra la identificación con el modelo. Cuando ya no hay esperanza de lograr la identificación, surge la envidia destructiva, enfermiza, cuya meta parece ser la destrucción. El sentido de esta destrucción es, sin embargo, hacer cesar el estímulo doloroso.

La meta de los celos, en cambio, **es tener el objeto** del cual se espera el amor.

En este punto se hace necesaria una aclaración acerca de los celos y la rivalidad. El diccionario (Moliner, 1986) aclara que el complemento «de» que se aplica a la palabra celos puede referirse o bien a la persona cuyo cariño se desea o bien a la

¹³ En la introducción a la discusión de la película *Toy Story* G. Chiozza desarrolló la idea de que el sentido primario de los celos tiene su lugar en el contexto de la rivalidad fraterna. Esto resulta concordante con lo que decimos acerca del padre como primer hermano. Este último tema se trató de 4 de agosto de 2000, en ocasión de la presentación del trabajo “Reflexiones acerca de las relaciones entre hermanos”, de la Lic. María Cristina Grifa.

persona interpuesta. Es correcto decir que tengo celos de mamá (objeto del deseo), o que tengo celos de mi hermano, que es mi rival.

Para el psicoanálisis, usar una u otra expresión tiene, desde luego, mucha significación. En un caso, se le está dando más importancia al objeto del cual se espera el amor, en el otro, al rival. La diferencia es trascendente, como se ve cuando los celos fracasan en el intento de conseguir el amor y se incrementan hasta llegar a la tragedia: la víctima puede ser el objeto de amor o el rival. Cuando se intenta destruir el objeto del cual se espera el amor, la destrucción parece más bien una consecuencia indeseada, es decir, la última de una serie de acciones, ineficaces, para doblegar la voluntad del objeto. Cuando se intenta destruir al objeto rival, los celos y la rivalidad de aúnan en el mismo objetivo y devienen indiferenciables.

De acuerdo con lo que vamos diciendo, tal vez deberíamos hablar de “celos” siempre que nos referimos al temor de no ser amados, es decir, cuando la atención está dirigida al objeto erótico, y de “rivalidad” cuando nos referimos al temor de ser vencidos o al deseo de vencer, es decir, cuando la atención está dirigida al rival.

Volvamos al tema de la meta. A diferencia de los celos y la envidia, **la rivalidad normal no tiene una verdadera meta, ya que su meta es una estación intermedia.** La rivalidad es un medio necesario para otros fines, de modo que si funciona bien, una vez vencido el rival importa llegar a la meta final, el único y verdadero motivo de la lucha. Es posible rivalizar, entonces, por diferentes metas finales. Se puede rivalizar por **tener** el objeto erótico, o se puede rivalizar por **ser** el objeto de identificación.

La primera, la rivalidad por tener un objeto puede ser normal, porque es posible imaginar situaciones en las que es necesario luchar para alcanzar un único objeto. (Habíamos dicho que la rivalidad puede ser normal si “el agua” no es suficiente para todos.) En el caso más restringido de luchar por tener el objeto erótico, la rivalidad se imbrica con los celos.

Si en la lucha por alcanzar el objeto, la meta de ganarle al rival adquiere más importancia que conseguir el objeto, si ya no importa ser amado y lo que importa ser **más amado que... el rival**, la rivalidad ha trastocado las importancias y se ha vuelto neurótica.

Cuando la meta por la que se rivaliza es la identificación, la rivalidad debe ser siempre neurótica, porque no puede haber un verdadero objeto en disputa. Que el otro alcance o no su identidad, su crecimiento y su desarrollo, no impide que yo logre el mío.

Cuando se rivaliza neuróticamente por el logro de la identificación, es decir por el ser —y en este aspecto la rivalidad se imbrica con la envidia— la meta no es construirse a “imagen y semejanza” del modelo, la meta de la rivalidad se satisface con

“ser más” o “ser mejor” que el otro,¹⁴ independientemente del grado de perfección alcanzado.

Ya resulta clásico decir que la envidia es una relación de a dos, en tanto que en los celos se trata de una relación de a tres. Cabría agregar que en la rivalidad normal, la relación también es entre tres: los dos contrincantes y el objeto por el cual se lucha. Pero en la rivalidad neurótica, la relación que importa se reduce a dos, el yo y su rival.

De acuerdo con lo que venimos desarrollando, siempre que hablamos de **rivalidad neurótica** es porque **la meta intermedia ha devenido meta final**, de modo que la única aspiración es ganarle al otro.

Llegados a este punto se hace más que evidente que, cuando la rivalidad es la meta final, el único objeto que verdaderamente importa es el rival. Ya no importa **tener** el objeto de amor por el cual se había entablado la disputa. Ya no importa tampoco cuánto se ha logrado **ser** según el modelo. Lo único importante es la comparación con el rival, enemigo o contrincante, de modo que este objeto ocupa el centro de la escena. En otras palabras, el objeto rival ha devenido objeto erótico. Y como tal puede llegar a ser tan importante que, para decirlo con los términos metahistóricos que suele utilizar Chiozza, llega a ser **el objeto para el cual se vive**.¹⁵

5. Apuntes sobre la rivalidad como sentimiento

No caben dudas acerca de que los celos y la envidia son sentimientos. Pero, en este aspecto, ¿qué pensamos de la rivalidad? ¿Es correcto decir que **sentimos** rivalidad? ¿Existe una tonalidad afectiva específica, una vivencia subjetiva propia que distinga a la rivalidad como sentimiento? ¿O lo que sentimos es una serie de afectos hostiles hacia el objeto rival, por ejemplo, celos, envidia, odio?

En principio no parece un sentimiento. M. Moliner (1986) define rivalidad como “relación entre rivales”, en cambio la RAE (1992) como “calidad de rival” y en segundo término como “enemistad producida por emulación o competencia muy vivas”. En este caso, como enemistad, se acerca más a la idea de un sentimiento.

Digamos, en principio, que rivalizar es una acción y la rivalidad una actitud, una conducta, una posición frente al otro, posición que determina una de las cuatro modalidades de relación de objeto.¹⁶ Pero también es cierto que si es posible una

¹⁴ Ese otro con el que uno se compara puede ser un rival o puede ser el mismo modelo que en ese caso es modelo y rival.

¹⁵ En este punto se abre todo un capítulo, el de la rivalidad erotizada.

¹⁶ Dentro de estas cuatro posibles relaciones de objeto, el único que se opone a las tendencias e intenciones del yo y, por lo tanto, el único que parece merecer el odio, el rechazo, la aversión del yo es el rival. Sin embargo no es así. Resulta evidente que muchos afectos hostiles no se dirigen al objeto rival. Veíamos, por ejemplo, que la envidia se dirige específicamente al modelo y los celos al objeto de la pulsión. El objeto ayudante también puede frustrar, su ayuda puede resultar insuficiente para alcanzar la meta pulsional, de modo que el yo, insatisfecho, lo hace merecedor de sentimientos hostiles.

comparación como la que hicimos con los sentimientos de celos y envidia es porque la rivalidad no es muy diferente a esos afectos.

Existen una meta (superar al rival, ganar) y un objeto (hermano-rival) específicos de la rivalidad. Sabemos que la pulsión se descarga de dos modos: como acción y como afecto (Freud, 1915e) y que ambos modos constituyen una serie complementaria, de manera que a mayor fracaso de la acción, mayor es el monto que se deriva como afecto (Chiozza, 1976c). Así el afecto, testimonio de un fracaso (Chiozza, 1995g) deviene también emoción que mueve nuestro ánimo: es una descarga actual con una particular figura (Chiozza, 1998f). En cuanto descarga actual señala una **urgencia**, algo que importa **ahora**, y por su particular figura indica **el punto** en el que radica la urgencia, es decir, **qué es precisamente** lo que ahora importa (Boari, 1999a).

De acuerdo con estas ideas, debemos decir que la rivalidad es un sentimiento que mueve nuestro ánimo hacia una acción específica, una acción que es urgente ahora. Y de lo que llevamos dicho, podemos deducir que el mensaje implícito en el sentimiento de rivalidad señala que **“lo que importa ahora, si quiero llegar a la meta, es superar este rival”**. Pero si la rivalidad es neurótica, el mensaje se limita a señalar **“lo único que importa ahora es ganar”**.¹⁷

En la misma línea de ideas cabe decir que **rivalizar** es una acción y que como cualquier otra acción, si logra ser plenamente eficaz no deja remanente afectivo. Sabemos que una eficacia tal es poco frecuente y si ocurre, no tomamos noticia.

Me parece posible decir entonces que, así como durante la acción de envidiar sentimos envidia, antes y durante la acción de rivalizar, experimentamos el sentimiento de rivalidad. Concluida la acción, el remanente afectivo toma los nombres de **sentimiento de triunfo** o **sentimiento de derrota**.

Ambos son variantes del sentimiento de rivalidad que, cuanto más neurótica es, más deriva en uno u otro de estos **desenlaces momentáneos**, condenados a impulsar nuevas acciones neuróticas y nuevos sentimientos —¿culpa?, ¿venganza?— en círculos de retroalimentación sin salida.

La rivalidad saludable no se entretiene a gozar del triunfo, “ganar” era sólo un medio, de modo que ahora el interés está puesto en la meta final. La rivalidad saludable no sufre “por la derrota”, su verdadero sufrimiento es la carencia del objeto que hacía necesaria la lucha.

¹⁷ Los afectos también son símbolos que tomados del pasado remoto aluden específicamente a un significado presente y aportan un modelo para la acción que las circunstancias actuales requieren (G. Chiozza, 2000a). Comprender más profundamente el significado de la rivalidad llevará a descubrir qué actos motores justificados, qué escenas pasadas, filogenéticas, son las que mejor aluden simbólicamente a las actuales que ponen en juego el sentimiento de rivalidad.

Bibliografía

BARBERO, Luis y FRASCINO, Diana (2000) "Apuntes sobre la rivalidad". Presentado en la Fundación Luis Chiozza.

BOARI, Domingo (1999a) "Sobre el sentido de los afectos", Simposio 1999, Fundación Luis Chiozza.

CHIOZZA, Gustavo (1998) "Consideraciones sobre una 'Metapsicología' en la obra de Chiozza", en *Cuerpo, afecto y lenguaje*, (3ª edición), Buenos Aires: Alianza, 1998, pág. 375.

Chiozza, Gustavo (2000a) "El afecto como símbolo de la acción", Simposio 2000, Fundación Luis Chiozza.

CHIOZZA, Gustavo (2000b) "Lo inconciente y lo des-conocido", en *Presencia, transferencia e historia*, Luis Chiozza, Buenos Aires: Alianza, 2000, pág. 283.

CHIOZZA, Luis (1976c) "La transformación del afecto en lenguaje", en *Cuerpo afecto y lenguaje*, Buenos Aires: Alianza, 1998.

CHIOZZA, Luis (1977b) "El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo", en *Presencia, transferencia e historia*, Buenos Aires: Alianza, 2000, pág. 87.

CHIOZZA, Luis (1979c) "Sobre la forma y la oportunidad del hablar y el callar la transferencia", en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Buenos Aires: Alianza, 1998, pág. 125.

CHIOZZA, Luis (1980c) "Corazón, hígado y cerebro. Introducción esquemática a la comprensión de un trilema", en *Presencia, transferencia e historia*, Buenos Aires: Alianza, 2000, pág. 111.

CHIOZZA, Luis (1983e) "La paradoja, la falacia y el malentendido como contrasentido de la interpretación psicoanalítica", en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Buenos Aires, Alianza, 1998, pág. 261.

CHIOZZA, Luis (1995g [1983]) *Reflexiones sin consenso*, en Luis Chiozza CD, IN CONTEXT informática documental, Buenos Aires, 1995/1996.

CHIOZZA, Luis (1998a [1970]) *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, (3ª edición), Buenos Aires: Alianza, 1998.

Chiozza, Luis (1998f) "Acerca de la relación entre sensación somática y afecto", en *Cuerpo afecto y lenguaje* (3ª edición), Buenos Aires: Alianza, 1998, pág. 359.

CHIOZZA, Luis; BALDINO, Oscar; FUNOSAS, Mirta y OBSTFELD, Enrique (1991d [1990]) "Los significados de la respiración", en *Los afectos ocultos en... psoriasis, asma, trastornos respiratorios, várices, diabetes, trastornos óseos, cefaleas, accidentes cerebrovasculares*, (2ª edición), Buenos Aires: Alianza, 1997, pág. 41.

CHIOZZA, Luis; BALDINO, Oscar; DAYEN, Eduardo; OBSTFELD, Enrique; REPETTO, Juan (1993b [1992]) "El significado inconciente de la hipertensión arterial esencial", en *La transformación del afecto en enfermedad*, (2ª edición), Buenos Aires: Alianza, 1998, pág. 31.

- CHIOZZA, Luis; DAYEN, Eduardo; BALDINO, Oscar; BRUZZON, María E.; DAYEN, Mirta F. de y GRIFA, María C. (2001) "Psicoanálisis de las afecciones micóticas", en *Enfermedades y afectos*, Buenos Aires: Alianza, 2001, pág. 157.
- FREUD, Sigmund (1910d), "Las perspectivas futuras de la terapia analítica", en *Obras completas*, Buenos Aires: AE, 1985, tomo XI, pág. 129.
- FREUD, Sigmund (1915e), "Lo inconciente", en *Obras Completas*, Buenos Aires, AE, 1985, tomo XIV, pág. 153.
- FREUD, Sigmund (1921c) *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras completas*, Buenos Aires, AE, 1985, tomo XVIII, pág. 63.
- FREUD, Sigmund (1937c) "Análisis terminable e interminable", en *Obras Completas*, Buenos Aires: AE, 1985, tomo XXIII, pág. 211.
- GOMEZ de SILVA, Guido (1985) *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- MOLINER, María (1986) *Diccionario de uso del español*, Madrid, Editorial Gredos.
- OBSTFELD, Pablo (1999) "Algunas ideas acerca de la rivalidad", Simposio de 1999, Fundación Luis Chiozza.
- RACKER, Heinrich (1957) "Contribución al problema de la estratificación psicopatológica", en *Revista de Psicoanálisis*, vol. XIV, Nº 3, APA, Buenos Aires, págs. 276–291.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992) *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe.
- WATZLAWICK, P. (1976) [Citado por Chiozza, (1980c)] *La réalité de la réalité*, Editorial du Seuil, París.